La fortaleza de la verdad frente al relativismo

(Intervención de D. Jaime Mayor Oreja en el acto de su investidura como doctor honoris causa por la UCAM. Guadalupe, Murcia, 13 de diciembre de 2012)

Señoras y señores,

Al iniciar esta intervención quiero detenerme un instante para hacer una advertencia. La única lección que soy capaz de trasladarles no se deriva ni de mis conocimientos ni de mi sabiduría.

No es la lección de un profesor. Es la de un alumno. Y no de un alumno aventajado sino de un alumno experimentado.

Es la lección que una persona como yo, de larga trayectoria, ha podido aprender durante una extensa y apasionada vida política.

Por eso, esa lección no la imparto sino que la transmito. La recibo y la entrego para que quien lo desee pueda aprovecharla, para que no sea necesario volver a pasar por las mismas experiencias sólo para terminar en las mismas conclusiones.

Debemos generar una cultura común que nos permita avanzar como sociedad sin caer una y otra vez en los mismos errores.

Porque la lección que quiero exponer es mi historia personal, pero es también nuestra historia común como españoles. Una historia cuyo inicio quiero situar en 1977.

En esa fecha, concretamente en mayo de 1977, inicié mi vida política, hace ya más de treinta y cinco años. Estábamos entonces en

vísperas de nuestras primeras elecciones democráticas y en ese momento, con veinticinco años, yo comencé mi andadura política.

Coincidieron para ello varias razones. La ilusión. La fe en que la transición democrática española constituía un momento realmente decisivo para nuestra historia. La pasión por la política. Y el ejemplo y la cercanía de Marcelino Oreja, que fue clave y decisivo para mí.

No dudé en aquella fecha en que el instrumento de mi incorporación debía ser la Unión de Centro Democrático, formación política creada formalmente en ese momento pero que, en el fondo, desde hacía casi un año estaba haciendo realidad la Transición, liderada por mi querido y admirado presidente Adolfo Suárez.

En aquellos años se hacía política con mayúsculas. Con frecuencia se hacía por los mejores. Y se hacía con ilusión, con confianza, con esperanza, con determinación.

Esos sentimientos presidían mi ánimo, mi corazón y mi mente, y llenaban el ánimo, el corazón y la mente de la inmensa mayoría de los españoles.

De la política se esperaba mucho. Y verdaderamente logró mucho.

Si eso ocurrió fue, en mi opinión, porque en aquel momento nadie en España relativizaba el significado y el alcance de aquel proyecto. Podía tener, y de hecho los tenía, algunos enemigos, de signos contrarios, por razones opuestas, pero nadie relativizaba el valor y el significado profundo de aquel proyecto.

Nunca lo he mitificado y creo que no es bueno mitificarlo; pero siempre lo he valorado y creo que es de justicia hacerlo como lo que es: un éxito histórico extraordinario cuya importancia se percibe mejor en

momentos como el actual. En él concurrieron como pocas veces las mejores virtudes -personales y también como país-, y de él estuvieron ausentes nuestros más peligrosos defectos.

Siempre se podrá mencionar alguna excepción, pero en líneas generales las cosas salieron muy bien. Porque se hicieron bien. Se generó incluso un sano orgullo nacional por el trabajo bien hecho, porque si la Transición fue liderada por los políticos y por la política, el verdadero protagonismo correspondió a la sociedad española, que marcó el camino a sus políticos a partir de 1976, con la Ley para la reforma política, y rechazó cualquier propuesta de ruptura.

Este es, pues, el inicio de la historia.

Sin embargo, transcurridos 35 años de democracia, de libertad y también, pese a todo, de prosperidad, hoy, paradójicamente, nos encontramos ante la situación política, social y económica más crítica y más difícil de cuantas hemos vivido.

La España actual parece el reverso de la España que supo hacer la Transición.

La ilusión, la confianza, la esperanza y la determinación se han tornado en desilusión, desconfianza, desesperanza y parálisis. La impresión es que hoy la política es una actividad menor, una actividad incapaz, carente de empuje, de la que huyen los más capaces, los más generosos y los que están guiados por las mejores intenciones.

Treinta y cinco años de democracia, de ellos cinco de transición, veintiún años de gobierno socialista, y nueve de gobierno de centro-derecha, y parece que hayamos vuelto a la casilla de salida. Y sin las virtudes personales ni colectivas que sí teníamos en aquellos años.

Estamos sumidos en una “crisis total”, que incluso nos hace perder de vista nuestros propios éxitos y que nos ha situado casi de golpe en el pesimismo e incluso en la angustia.

Sin duda la crisis es más que española porque de un modo u otro, con una u otra intensidad, afecta a todos los países de la Unión Europea. Pero el nuestro es un caso singular por la profundidad, por la radicalidad, por los efectos sobre los fundamentos mismos del sistema de gobierno y sobre las bases de nuestra convivencia.

Nuestra crisis avanza día a día sin que acertemos a ponerle freno. Está poniendo a prueba los cimientos de nuestra vida política y social. Arrastra a las instituciones políticas, sociales y culturales que hasta hace bien poco considerábamos seguras y merecedoras de nuestra confianza.

Es algo radicalmente distinto de las crisis que hemos vivido hasta ahora.

La sensación es que se están alumbrando “tiempos nuevos”, y la incertidumbre sobre lo que nos traerán está más que justificada.

La secuencia histórica que expongo, como vivencia personal y también como experiencia social, tiene, por tanto, dos polos bien diferentes. Un origen esperanzado y de éxito; y un aparente final desesperanzado y dominado por la sensación de fracaso.

Sabíamos dónde estábamos, adónde queríamos llegar y cómo debíamos ir. Hoy no sabemos dónde estamos, parecemos agotados y mucho menos sabemos cómo y a dónde queremos llegar.

Hace treinta y cinco años una inmensa mayoría compartíamos un proyecto y hoy no tenemos ni dirección ni proyecto político común.

Obviamente, la pregunta que emerge por sí sola y que trataré de responder con mi intervención, es por qué ha ocurrido esto. Por qué hemos envejecido de pronto si nuestra democracia acaba de nacer.

En suma, qué nos está pasando.

Algunos afirman que el fracaso estaba ya incoado en el origen mismo de nuestra democracia. Que nuestros problemas de hoy están causados por lo que hicimos entonces, y que no hay que buscar otra explicación ni otra causa. Sembramos entonces lo que ahora recogemos, sería la explicación que algunos proponen.

Yo no lo creo. Las razones de nuestros problemas no se encuentran ahí. La semilla que sembramos fue buena y dio buenos frutos.

El proyecto que se puso en pie durante la Transición era un buen proyecto.

Lo que ocurre es que sobre él han actuado fuerzas culturales, políticas y sociales que no lo son.

Es más, esas fuerzas han actuado con especial insistencia sobre las bases de nuestro modelo de 1978, precisamente porque encontraban en él un obstáculo a sus pretensiones.

Y esas fuerzas no son otras que las del relativismo, nuestro principal adversario, que han puesto también en su punto de mira nuestra Constitución y sus fundamentos políticos y morales, precisamente porque ni una ni otros son relativistas.

Y debo decir que una mirada desapasionada indica que en este momento esas fuerzas van ganando. Están logrando su propósito.

Señoras y señores,

Quienes con mayor o menor responsabilidad protagonizamos nuestro proceso constituyente teníamos visiones muy diferentes de las cosas. Pero pusimos lo mejor de nosotros mismos al servicio de un gran proyecto común que resultara aceptable para todos y que fuera equilibrado. Y desde luego el resultado no fue una expresión de relativismo.

Las palabras tenían significados claros. Aun cuando en ocasiones los acuerdos estuvieran abiertos a sucesivas concreciones, había una idea común sobre lo que las cosas eran. Y sobre todo había una idea común sobre lo que no eran y sobre lo que no podían ser.

Eso es lo que algunas minorías no aceptaron nunca, llegando incluso algunas de ellas a emplear la violencia y el asesinato.

Durante mucho tiempo, y pese a malas experiencias, en lo esencial la mayoría se mantuvo firme y no cedió ante esas minorías. Pero eso finalmente cambió y hoy van imponiendo su proyecto frente a una mayoría paralizada, confundida y desesperanzada.

El primer efecto del relativismo es que la mayoría se encuentra sometida a una alianza negativa de minorías cuyo único nexo es el deseo de poner ruptura donde había consenso, poner discordia donde una vez existió voluntad de concordia.

Es decir, hacer realidad el proyecto rupturista que los españoles rechazaron categóricamente en 1976 y en los años posteriores. Un proyecto rupturista que, como afirmó un notable colaborador de José Luis Rodríguez Zapatero, José Andrés Torres Mora, ha llegado al corazón de las instituciones avanzando por “el ángulo ciego de la sociedad española”.

Olvidamos lo que exige vivir en sociedad. Olvidamos nuestras raíces.

Descubrimos un bienestar que desconocíamos, la comodidad, el vivir por encima de nuestras posibilidades. Actitudes que nos hicieron perder el norte y nos pusieron a merced del relativismo.

Actitudes que crearon un ángulo ciego por el que el relativismo alcanzó el gobierno. Lo alcanzaron quienes tienen por objetivo la anulación de los valores que hacen posible la vida verdaderamente humana, responsable, vivida con carácter personal y en convivencia con otros.

Nuestra historia ha sido la de un proceso de avance del relativismo sin precedentes, implacable. Lo hemos relativizado todo o casi todo y hemos ido abandonando referencias permanentes sin las que no es posible que mantengamos en pie nuestras instituciones. Ellas nos protegen si las protegemos, y hemos dejado de hacerlo.

Hay excepciones. Como la del presidente Aznar. Pero como sociedad, como españoles, cuando la crisis económica y financiera llegó, la crisis de fondo estaba ya dentro de nosotros.

Esa crisis de fondo no es algo que nos esté pasando, es más bien algo que estamos haciendo. Es responsabilidad nuestra, es la consecuencia de nuestros actos y de nuestros desistimientos.

Nos equivocamos si culpamos a los demás, a las instituciones financieras, a los mercados, a los políticos. Lo que está en crisis es la persona. Y quiero subrayar esto con especial énfasis porque es el mensaje fundamental que quiero transmitir: la crisis está en la persona. Está dentro de nosotros mismos.

Y, por tanto, la solución no podrá venir sólo de reformas institucionales, será necesario que cambiemos de actitud.

Personas con valores hicieron posible la Transición y un orden político equilibrado. Personas sin valores han impulsado su destrucción.

Y una sociedad que ha perdido sus valores está siendo incapaz de impedirlo y busca soluciones donde no las hay.

La Transición exigió una política basada en el esfuerzo, incluso en el máximo esfuerzo. Hoy domina el mínimo esfuerzo. Lo más cómodo, lo más egoísta, lo más fácil, lo más autocomplaciente se ha impuesto.

El proyecto que ejecutó Rodríguez Zapatero fue un proyecto relativista radical, sin duda. Pero si ha podido ir tan lejos ha sido porque esa actitud había ido penetrando ya en nuestra sociedad, en nuestra conciencia.

La crisis nos ha conducido a la codicia, que se instaló con facilidad en la política y se ha manifestado en términos de una brutal corrupción. Y que amenaza con disolver los lazos fundamentales de lealtad institucional que otorgan legitimidad a su ejercicio.

Y la codicia hoy se está transformando en temor, en miedo o incluso pánico al presente y sobre todo al futuro.

Y miedo también a los demás. No hay apenas sentido de comunidad, de nación, de formar parte de algo más grande que nosotros mismos. Crece la idea de que los demás son un obstáculo para nuestro bienestar.

Por eso no debe sorprendernos el deterioro de la familia como institución capital, que es donde se afirma con más claridad que nuestro bienestar lo hacen posible los demás.

Hoy sufrimos una crisis moral, de conciencias, de valores. Y esa es la razón por la que no es una casualidad que esta crisis sea total. Porque políticos, banqueros, economistas, jueces,... todos tenemos en común que somos personas.

El relativismo niega las referencias permanentes, niega la idea misma de verdad. Necesita con celeridad desmontar las verdades, las referencias sólidas que se han ido creando y gestando en la sociedad.

Por eso su principal aliado es la fuerza de la mentira. La normalización de la mentira. Y por eso precisa introducir mentiras aprovechando un estado de ánimo social predispuesto hacia el relativismo. Y necesita convertir esas mentiras en algo normal, sin importancia. Necesita que quien denuncia la mentira parezca un pesimista incorregible o un extremista.

Hay, por tanto, una causa primaria de la crisis, la causa de las causas: una crisis de conciencias, una crisis moral, una crisis de actitudes personales, una crisis de la verdad.

El hecho de que no nos haya importado la crisis hasta que ha tenido consecuencias económicas en nosotros, indica la pobreza de nuestra reacción ante ella y la falta de vigor de nuestra sociedad.

Señoras y señores,

La misma crisis moral que nos ha hecho vivir por encima de nuestras posibilidades y que ha causado nuestro desplome económico y financiero es la que antes de eso, y por encima de eso, lleva mucho tiempo causando la trágica realidad del desprecio a la vida.

Y la destrucción del equilibrio entre derechos y obligaciones, la agenda de nuevos y falsos derechos, la esclavitud de los políticos y la política a las encuestas de opinión, el reiterado esfuerzo de algunos de alejar la ética de la política, el enaltecimiento del mal menor en la política cuando el mal menor es siempre la consolidación del mal, la creciente expansión de la mentira enmascarada en lo políticamente correcto.

Todo ello ha causado problemas mayores a los que quiero referirme.

En primer término, la relativización del derecho a la vida como corolario de una agenda de nuevos y falsos derechos que en realidad son sendos intentos de supresión de obligaciones morales. La relativización de la familia y del matrimonio como elementos esenciales de este proyecto.

El derecho a la vida, la obligación de la defensa de la dignidad de la persona, es reemplazado por el aborto, por un supuesto derecho a decidir sobre la vida de un ser humano.

La expresión del relativismo, fruto y consecuencia de la comodidad, es que cada vez que se percibe o se intuye una obligación se trata de eliminarla creando un falso nuevo derecho.

El aborto como derecho, que es la expresión máxima del último proyecto del Gobierno socialista, es para mí el hecho mas grave que ha producido ese proyecto de ingeniería social que ha tratado de modificar la conciencia de las personas.

De la misma manera que la ideología de género ha modificado en este ámbito y de modo radical el Código Civil, lo ha hecho con la naturaleza del matrimonio y con el sentido del proceso educativo.

En segundo lugar, la relativización de España, un concepto discutido y discutible, se dijo. Quienes desde siempre han combatido la idea y la realidad de España han visto recompensada su perseverancia.

Por el contrario, quienes creemos en el significado profundo de España no hemos sido perseverantes en su defensa.

España es una potencia cultural de primer orden no sólo por su historia sino por la fortaleza de nuestra lengua común en el mundo. Ni siquiera una obviedad así ha servido para unirnos y cohesionarnos. Por el contrario, en una actitud suicida, se impide o se obstaculiza la educación en español.

No se ha aplicado el esfuerzo, el vigor, la tenacidad suficiente para fortalecer el proyecto de España, especialmente en las Comunidades en las que sus adversarios han tenido y tienen la obsesión de debilitarlo.

Cada paso atrás que nosotros hemos dado ha sido un paso adelante del relativismo.

Se ha relativizado incluso -y se sigue haciendo- el peligro que constituyen los movimientos nacionalistas tanto en el País Vasco como en Cataluña.

Algunos no han comprendido la gravedad del desafío y han preferido marcar distancias con quienes hemos defendido una posición de firmeza frente a la coacción, en lugar de hacerlo con quienes verdaderamente nos amenazan.

En tercer lugar, la relativización del nacionalismo y de ETA. No se llega a comprender el alcance, el significado del proyecto de los que no creen en España y desean destruirla. No se ha entendido, no se entiende aún el significado de ETA.

Lo he dicho muchas veces y lo reitero hoy aquí: ETA no sólo es una organización terrorista, es sobre todo un proyecto totalitario de ruptura. ETA no sólo ha matado en España, ha estado y está en la vanguardia de la quiebra de España.

Puede dejar de matar durante un tiempo por razones tácticas, pero ni desaparecerá ni se disolverá mientras no alcance sus objetivos.

Nació para destruir España, convencida de que el PNV iba a ser incapaz de hacerlo con su estrategia de ruptura a ritmo lento.

Primero intentó la fractura solo desde el País Vasco; luego, por primera vez en su historia, dio un salto a Cataluña para acordar con ERC un proyecto de ruptura también desde aquel territorio.

La última década es la historia de una estrategia diferente, presidida por los pactos y las treguas posteriores a los mismos. Lo hizo en 1998 con el PNV en Estella. Luego, con ERC en Perpiñán. Y finalmente con el presidente del Gobierno Rodríguez Zapatero en el arranque de su Gobierno en 2004.

Cada pacto con ETA, cada negociación, cada tregua, cada proceso posterior a estos acuerdos ha significado un balón de oxígeno y un fortalecimiento político de su proyecto de ruptura, hasta llegar a su legalización y su legitimación.

Para poder hacer todo eso, se volvió a relativizar la lucha contra el terrorismo, se quebró incluso en circunstancias determinantes el Estado de Derecho, con episodios flagrantes de incumplimiento de la Ley desde el momento en que Rodríguez Zapatero accedió al poder.

En cuarto lugar, la relativización de la Constitución Española, que fue el principal logro político y jurídico de la Transición. Por primera vez no era una Constitución de unos españoles contra otros, sino un punto de encuentro.

Pero el avance del relativismo ha logrado devaluarla y alterar sus equilibrios originales, especialmente mediante reformas de Estatutos de autonomía, especialmente el catalán.

Y no se trata sólo de un desequilibrio territorial o entre partidos. También en materia de valores, cuando parecía resuelto el enfrentamiento entre creyentes y no creyentes.

La ideología de género, el matrimonio entre personas del mismo sexo, el aborto como derecho rompen ese siempre difícil equilibrio.

No son cortinas de humo, no son tácticas electorales. Son el corazón de un proyecto de ruptura que sigue en marcha. Con el pretexto de los nuevos tiempos, del progreso, de la modernidad, se ha actuado contra el acuerdo de fondo que hacía posible la convivencia.

Señoras y señores,

Para quienes participamos con la mayor de las ilusiones en aquella primera y única transición, escuchar a algunos hablar de la necesidad de una segunda carece de sentido. Porque lo que se presenta como progreso no es sino el retorno a lo más oscuro de nuestra historia.

El relativismo se hizo en España proyecto de gobierno. Esta es la verdadera razón de nuestro gran drama nacional, del abandono del camino de concordia asentado en la verdad y en la reconciliación que iniciamos en 1977.

Y es importante señalarlo: lo que impugna el relativismo en primer lugar es la capacidad de reconciliación de los españoles. La ley de memoria histórica perseguía exactamente eso: hacer pasar por desmemoria lo que realmente fue perdón y reconciliación.

Jamás hubo durante la Transición olvido de la guerra y sus desastres. Al contrario, nunca estuvieron tan presentes como entonces. Lo que hubo además fue voluntad de mirar de frente esos episodios de nuestra historia para que nunca más volvieran a repetirse.

Ahora, un proyecto político poderoso nos ha sacado de ese camino casi sin que nos diéramos cuenta, y nos ha conducido a un tipo de sociedad que ni estaba previsto que fuéramos ni podemos ser, porque conduce a la desafección y a su propia destrucción, como estamos viendo.

La necesaria regeneración se va agotando, va cediendo frente a la fuerza de la mentira o del enmascaramiento, que han ido avanzando sin resistencia y con el envoltorio de un aparente bienestar y confort de los que hoy apenas queda ya nada.

Se han erosionado los pilares de nuestra democracia.

Rozamos la partitocracia.

El peso del localismo en los partidos lleva a la extinción de la política nacional y a la ausencia de los mejores en la política…

Por todo esto, de nuevo se impone ahora una pregunta: ¿qué podemos hacer para volver a nuestro camino?¿Cómo podemos hacer frente al desafío relativista?

Pues lo primero es aprender de la crisis, entenderla, aceptar la realidad y tener el coraje de la rectificación.

La crisis lleva mucho tiempo entre nosotros porque es el resultado de un largo proceso en el que se modificaron muchas actitudes personales en la peor de las direcciones. Superarla no será cuestión de días.

Si su origen está en la persona, su solución también está en la persona. La persona no ha sido un sujeto pasivo que ha padecido la crisis. Ha sido protagonista de la misma. Tiene que ser también un elemento activo y decisivo en su aprendizaje, primero y resolución, después.

Por encima de cualquier otra consideración, lo que resulta indispensable es un cambio de actitud personal generalizado. Sólo una suma apreciable de cambios de actitudes personales puede devolvernos la esperanza. Hay que empezar por uno mismo.

La política debe favorecer las condiciones para ese cambio, pero no puede llevarlo a cabo por sí misma. Las instituciones tienen que ayudar y ejemplificar, pero eso no basta.

En esta tarea debemos depositar más confianza en la familia que en ninguna otra institución. En Milán, con motivo del VII Encuentro Mundial de las Familias, Benedicto XVI afirmó que "la familia es la única fuerza que verdaderamente puede transformar el mundo". Un mundo relativista, podemos añadir.

Y es cierto. La familia es un ámbito de transformación personal capaz de impulsar una salida auténtica y no superficial de la crisis.

Y es también un ámbito capaz de exigir y de poner en marcha una verdadera regeneración de la vida pública, que debe hacerse posible por el conjunto de la sociedad.

Quienes compartimos unas convicciones tenemos la obligación de prepararnos y de poner en marcha líneas de vanguardia y de resistencia cultural, frente a la moda dominante del relativismo.

Vamos a comenzar este proceso como aparente minoría. Y precisamente por ello debemos ser una aparente minoría activa, que denun-

cie y resista la pretensión de crear un orden social artificial basado en contravalores, que sepa acreditarse como la mayoría que realmente es.

Tenemos que empezar por sentirnos afectados. Por creer de verdad que esta es nuestra tarea y no la de otros.

Tenemos que empezar por sentirnos comprometidos, por comprender que el relativismo es un proyecto político, social y cultural de alcance general que pretende transformarnos a nosotros, a nuestros amigos, a nuestra familia, a nuestro país. Que lo está consiguiendo ya. Un proyecto al que no se puede hacer frente parcialmente, ni desordenadamente, ni mediante escaramuzas personales.

Tenemos que empezar por poner fin a la absurda e injustificada moral de derrota que con frecuencia nos atenaza.

Los voceros del relativismo tienen más aliados y tienen más medios, dedican más tiempo y son mucho más beligerantes. Pero no son el reflejo auténtico de nuestra sociedad.

Al contrario, debemos convencernos de que tenemos la razón, y no sólo en un plano teórico. Porque la crisis nace del relativismo y persiste por él.

Y sólo un ridículo complejo de superioridad moral de sus inductores -aceptado pasivamente por el resto- les permite una y otra vez eludir su responsabilidad. Tenemos que despertar y ser capaces de articular una mayoría social efectiva.

La crisis en Europa no se va a detener en los mercados financieros, en la prima de riesgo, en los intereses de la deuda. Hará aflorar lo mejor y lo peor de cada nación. Se manifestará con claridad en el eslabón más débil de cada una de ellas.

En España la crisis se está manifestando y seguirá haciéndolo en términos de crisis de nación tal y como algunos venimos advirtiendo desde hace muchos años. Los movimientos de carácter nacionalista cuando aceleran sus reivindicaciones no se detienen, pues más que partidos son movimientos.

Pueden tomar sus pausas, cambian de vez en cuando las vanguardias, se relevan como si de una carrera de relevos se tratara, pero no se detienen, porque la inercia del movimiento se lo impide.

En España no lo van a hacer, no se van a moderar y mucho menos cuando en frente de ellos una buena parte de quienes tenían la obligación de defender la idea de España han relativizado el concepto de nación, el significado profundo de la Constitución de 1978 y han asumido la conveniencia de una segunda transición.

Los resultados electorales en el País Vasco y Cataluña impulsan los movimientos nacionalistas, en modo alguno son tranquilizadores para España aunque lo más cómodo sea mirar hacia otro lado.

Las cosas no ocurren por casualidad. No hemos llegado a esto por casualidad. Hay responsables y hay que tener muy claro que los hay, al menos para no volver a ponerse en sus manos.

Si el relativismo es la negación de la verdad, la regeneración debe asentarse en la fortaleza de la verdad. Atreverse a decir la verdad, defender la verdad, sufrir por decir y defender la verdad, debe ser la base moral de nuestro proyecto de regeneración.

Es urgente un esfuerzo y un proyecto asentado en la verdad capaz de combatir al mismo tiempo las mentiras de la historia impulsadas por los nacionalismos y las mentiras del presente protagonizadas por el relativismo.

Nuestro drama nacional tuvo su origen simbólico en una frase que constituyó todo un desafío cultural: “la libertad os hará verdaderos”. Nuestra regeneración será posible si devolvemos su prestigio social a la convicción de que es la verdad la que nos hace libres.

Señoras y señores, queridos amigos,

Si hemos sido capaces de llevar a cabo una difícil Transición; si la izquierda española a principios de los ochenta fue capaz de cambiar y modificar determinadas posiciones; si la derecha española fue capaz de refundarse y modernizarse en el Partido Popular en un proceso modélico; tenemos que ser capaces ahora de refundar, reordenar, reformular, llamémoslo como queramos, los espacios políticos, los partidos políticos de la derecha y de la izquierda, sus puntos de encuentro y lo que sea necesario.

Para hacer frente a la crisis de fondo, a la auténtica crisis. A la que nos amenaza como país y como civilización. Si el punto de encuentro entre la izquierda y la derecha es el relativismo, expresado en términos de aceptación de una segunda transición, estamos condenados al suicidio político como la historia nos enseña.

Si el centro político se interpreta, a diferencia de lo que significó en la transición, como la expresión del relativismo, está condenado al fracaso.

Tenemos que cambiar el sentido de la política y las actitudes de los políticos, para dar ejemplo al conjunto de la sociedad, pero hay que cambiar mucho más.

Empezando por nosotros mismos, para que la verdad no llegue a sartenazos. Si se mantiene la actual tendencia será imposible para la política y los políticos recuperar la confianza y el afecto perdido.

Yo confío en que sabremos hacerlo. Confío en que, con esfuerzo y con inteligencia práctica, volveremos al buen camino y avanzaremos por él. Confío en España y confío en los españoles.

Confío en la fortaleza de la verdad frente al relativismo.

Muchas gracias.